

—Entonces, ¿V. qué es lo que sabe para el caso?

—Mi no saber nada; pero mi estar sabiendo de muy muchos escritores que escriben y no son sabidos de esas cosas que ustedes dicen, y no son ni mismo amadores del toreo é son mucho buenos revisteras. Mi saber algunos palabros en gitano, é con esto es batimenta para ser revistero de torros.

—Pues amigo; sin saber español ni entender de toros, no se puede desempeñar el cargo que V. desea. Si, en efecto, hay revisteros que sólo con hablar *caló* ó gitano todo lo componen, aquí, por el contrario, lo que se desea es gente que hable claro y sepa ver toros. Con que son cerca de las tres y la plaza nos está aguardando.

—Ah, sinior, yo tambien ser ido á la plaza. E de todas manerras, yo estar siempre muy mecor amigo de ustedes, é si tienen necesario de mi aconsejamiento, yo seré alegrado de corregirles en sus revistamientas.

—Gracias, prenda,—le contestamos;—y dando por terminado el acto, nos despedimos afectuosamente, y él por un lado, nosotros por otro nos dirigimos al circo taurino, comentando Alegría y yo tan extraño lance. Mi amigo decía que, en efecto, el inglés tenía razon; pues habia muchos revisteros que ni siquiera son aficionados á los toros; pero yo, que no soy tan pesimista, no pasaba á creerlo, originándose con esto una polémica entre Alegría y yo, que sirvió para que se nos hiciese corto el camino interminable de la plaza.

Llegamos á ella cuando ya los trompeteros del balconcillo habian hecho la señal de comenzar la fiesta y los alguaciles iban despejando el redondel, dando á entender con su paseo que habia llegado la hora de colocarse cada mochuelo en su olivo.

Nosotros nos subimos á nuestro elegante tendido núm. 6 (que es en el que tenemos nuestras soberbias localidades), y acurrucados sobre aquellas inhumanas piedras, esperamos á que se fuese descorriendo el velo del porvenir.

Lo primero que observé fué que mi parte posterior inferior se humedecía y enfriaba glacialmente, gracias á la menuda lluvia que ayer hizo suspender la corrida y hoy aún enviaba algunos obsequios á la tierra, aunque sin tener ya la fuerza suficiente para impedir el espectáculo. Pero sin que á nadie le importase que á mí se me enfriase aquello, se dió principio á la fiesta, saliendo las cuadrillas capitaneadas por *Lagartijo*, *Currito* y *Frascuero*, al compás de la conocida marcha de *Pan y Toros*; y una vez saludada la presidencia y cambiados los capotes de lujo por los de guerra, colocáronse Pepe Calderon y *Chuchi* en sus respectivos puestos: recibió el *Buñolero* la llave de los chiqueros y dió suelta el primero de la tarde.

Erase este animalito cárdeno, averdugado, liston y bien puesto; traía por nombre *Choricero*, y en lo alto lucía divisa azul celeste y caña, acompañada de un crespon, dando á entender pertenecía á la torrada de D. Ildefonso Nuñez de Prado y que llevaba luto por su amo.

En cuatro entrevistas que tuvo con *Chuchi* y otras tantas con Pepe, no hubo suceso notable que consignar, pero sí que lamentar, pues los puyazos

los dieron de mala manera, y para completar la funcion, en la última vara, dejó Pepe clavada la garrocha en el bicho. ¡Cómo ha de ser! Peor fuera no verlo. Ya nos vamos acostumbrando á ver llegar los toros á la suerte de palos con el morrillo limpio y el resto del cuerpo lleno de *furacos*, como decía un gallego que habia detras de mí. En fin, adelante: no hablemos más de ello; solamente digamos que *Frascuero* y Rafael hicieron los quites en este toro, que en ocasiones recargaba.

Llegado el segundo período empuñaron los palos Mariano y Juan Molina, cumpliendo el primero con un par cuarteando malo, y el segundo con dos de la misma forma y calidad que el de su compañero.

Las nubes premiaron el trabajo de los chicos arrojando gotas más que regulares sobre la plaza, haciendo que los espectadores al abrir los paraguas presentasen el aspecto de galápagos.

Los timbales anunciaron que habia llegado la última hora de *Choricero*, y *Lagartijo*, ataviado de encarnado y oro, despues de brindar como ordena la cortesía, marchó en busca del bicho, á quien endilgó once pases con la derecha, tres por alto, dos naturales y tres medios, tirándose con un pinchazo á paso de banderillas, y saliendo de bufa perseguido por los cuernos de *Choricero*. En este viaje perdió el maestro todos los chismes y se salvó gracias al señor talones, y despues de lo cual largó una buena tirándose de largo. Agua y palmas hicieron las honras fúnebres de *Choricero*.

Como era natural, despues del primero salió el segundo. Era de D. Anastasio Martin, cuyos toros hace seis años no pisaban la plaza madrileña.

Divisa roja y verde, de color mulato, bravo, duro, de poder y corniabierto: tales eran las señas personales de *Grajito*, que tuvo la desgracia de sacar un inmenso rajon al primer encuentro que tuvo con *Chuchi*.

¡Ya se van enmendando los piqueros!

¡Vamos andando, que todo es toro!

Pepe arrima hasta nueve puyazos al de Martin, brindando en uno de ellos por el tendido 3, y demostrando en todos los encuentros buena voluntad; pero corriéndosele el palo en dos ocasiones y haciendo, por lo tanto, igual número de girones en la piel de *Grajito*, y *Chuchi* termina el primer tercio de lidia con otras dos varas hácia los encuentros, perdiendo el jaco y llevando una costalada que le obligó á retirarse á la enfermería.

Terminó la suerte de vara con aplausos para Pepe Calderon, silbas y golpazo para el *Chuchi* y gotas de agua para todos, sin que esto impidiera que hecha la señal conveniente, saliesen, rehiletes en mano, Hipólito y Paco Sanchez, adornando al bruto con dos pares el primero y uno su colega y hermano, todos al cuarteo, como es costumbre, y desiguales. El *Curro*, que se encontraba más trabajador que de ordinario, empuñó los adminículos, y despues de cumplir con el presidente, se dirigió en busca de su enemigo, que bravo y algun tanto pegajoso, le aguardaba hácia los tercios: cinco pases naturales, dos por alto y tres con la derecha fueron suficientes para que el bicho se cuadrara, en cuyo momento se tiró el diestro con una estocada arrancando que resultó algo baja.

La fiera se echó, y Leandro cumplió su mision al primer puntillazo.

Apénas las puertas de arrastre se cerraron tras el cadáver de *Grajito*, apareció por la de los chiqueros un gran mozo, que trajo la confusion al redondel.

Llamóse en vida *Pichichi* (¿de qué caletre sal-

drán estos nombres?) y era, si mal no recuerdo, retinto, liston, algo chorreado y bizco del izquierdo.

Con bravura y poder se dirigió á los jinetes, dándole á Pepe Calderon una buena taledada y haciéndole dejar el penco para aprovechamiento de salchicheros en sólo tres varas que señaló. Su hermano Manuel se encontró cuatro veces con el rumiante, quedando una vez desmontado y desinflada la alimaña que le servía de peana. Con dos pinchazos más, correspondiendo uno al decano de los Calderones, y otro al moderno Arcas, que perdió la guitarra, pasó el mosquito á manos de Pablo y *Regaterín*, clavando éste par y medio cuarteando, y el abuelo uno de la misma forma; y al querer repetir la suerte, se encontró con que el hocico de *Pichichi* se permitía hacerle el favor de ponerle boca abajo, no teniendo nada que lamentar, merced al oportunísimo auxilio del capote de su colega Valentin.

Basta de sustos, y atención, que ya *Frasuelo* ha tirado la cachucha y se ha encarado con el de Nuñez, dándole siete pases con la derecha, uno por alto y una magnífica estocada, que partió á la fiera por mitad, y valió al diestro aplausos, cigarros, sombreros, capas y otros excesos.

El bicho cortaba y se revolvía con muchos piés en poco terreno.

Lagartijo ayudó á Salvador en la colocacion del cornúpeto.

Llegamos ya al cuarto, y es salinero, capirote, ojo de perdiz, boyante, corniapretado y de nombre *Cohetero*.

Cinco puyas marca Pepe, cayendo en tres y rasgando en una: ¡pero hombre, que queremos darle á usted palmas; déjese usted de rajás! Manuel clava tres, cae una vez y pierde el montante.

Mariano Anton empezó por hacer una coleccion de salidas en falso como no se ha visto otra; despues de lo cual, clavó medio par. Juanillo, despues de salir otra vez como su colega, dejó un par cuarteando. ¡Valiente faena!

Rafael, enfrontándose con *Cohetero*, le preparó con tres naturales, cinco con la derecha, uno de telen, y se tiró con fe y más de verdad que de costumbre, dando una soberbia estocada por todo lo alto, que hizo enloquecer al público, hasta el extremo de arrojarle chaquetas, capas, botas de vino, etcétera, etc., etc.

Eche usted esos cinco, Rafael, y apriete usted, que así es como quiero yo ver á los maestros.

Aún sonaban las palmas y la plaza estaba todavía convertida en una sombrerería, cuando se presentó en la arena *Montañés*; negro, bien puesto, de poder y boyante era el rumiante. Entre los Calderones Pepe y Manuel (que había sustituido al *Chuchi*), le tentaron el pelo cinco veces, perdiendo Manuel la sardina y cayendo en dos ocasiones. Arcas, mojó una vez, cayendo y perdiendo en la refriega la hormiga.

Hipólito y Paco Sanchez clavan tres pares á *Montañés*, correspondiendo dos á Paco y el otro á su hermano. Todos fueron cuarteando, con lo que le entregaron á *Currito* para que mediante cuarenta y cinco pases de varias clases, media buena arrancando, tres en hueso, y por final un acertado descabello, le mandara al desolladero.

Por tercera vez cayó á la plaza un paraguas, que en toda la tarde no tuvo más mision que subir y bajar del tendido.

Se encargó de ocupar el sexto lugar *Gazapito* negro, bragado, de muchos piés, algo abierto y bravo. Diez varas resistió de los de tanda y reservas, correspondiendo á José tres, á Manuel cinco,

á Paco una, y otra á Arcas, dándoles el bicho tres caídas y matando los montantes á Manolo y Pepe, con lo que pasó al dominio de los rehileteros. Pablo, al cuarteo por su puesto, clavó dos pares, bueno el uno, y malo el otro. *Regaterín*, cumplió con uno delantero.

Salvador, se encontró con un toro que cortaba el terreno, se tapaba y conservaba muchísimos piés, lo que le obligó á darle cuarenta y dos pases de varios géneros y seis estocadas, de las que cuatro, fueron altas y tendidas, por desarmar la res, y dos bajas, entregando la fiera al puntillero, que dió dos golpes, uno ménos que da mi codorniz.

Un torito *sacudito* de carnes, voluntario y de piés, se encargó de cerrar plaza. Erase el bicho de Castrillon, vecino de Veger, castaño, ojinegro, con buenas armas y por nombre *Judio*. Con ocho puyazos de los de tanda; dos buenos pares de Leandro y uno de Paco Sanchez, pasó á manos de Hipólito, que lo despachó despues de siete pases, mediante una buena arrancando, aunque algo caída.

RESÚMEN.

La corrida verificada ayer merece calificarse de buena.

Los toros en general salieron pegando, arrancando largo y recargando en ocasiones, á pesar de haber sido muy medianamente picados.

En cuanto á los matadores, experimentamos una satisfaccion en poder decir que:

Rafael, aunque en su primer bicho no estuvo á la altura que fuera de desear, en cambio en el segundo demostró gran inteligencia y arrojo, trasteándole como pedía la res, y concluyendo lucidamente con la soberbia estocada de que hemos dado ya cuenta. En la direccion de la lidia estuvo acertado y eficaz.

Currito, en honor á la verdad, le hemos visto con deseos de volver por su honra torera, y lo ha conseguido. Ha trasteado en ambas ocasiones como se pasan los toros, si bien en algunas le hemos visto moverse más de lo necesario. Al herir ha estado poco afortunado, pero tirándose de verdad.

Salvador, como siempre, se ha tirado en corto y derecho á sus toros. El primero que le tocó, tercero de la corrida, presentaba grandes dificultades, que el diestro supo vencer, gracias á su gran corazon, aprovechando y embraguetándose en regla. Su segundo empezó á buscar el bulto y traía la mayor dificultad que se puede presentar á un matador, y es que el toro desarmaba, por lo que no es extraño resultaran las estocadas tendidas.

A pesar de todo, los inteligentes habrán apreciado su trabajo y nosotros nos complacemos en decir que hemos visto aumentarse su valor á medida que se multiplicaban las dificultades; sin embargo, hubiéramos deseado verle manejar la muleta más convenientemente en el momento de consumar la suerte.

Hipólito ha estado tambien á mayor altura que la vez pasada.

De los picadores, Pepe Calderon en algunas varas.

De los rehileteros, el mejor Leandro Guerra.

La presidencia acertada.

Y hasta el domingo que nos echen otra.

MADRID: 1880.

IMPRENTA DE MORENO Y ROJAS

calle de los Caños, 4.